

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EDIFICIO DE DIOS

Los materiales del edificio divino (Mensaje 8)

Lectura bíblica: Gn. 2:10-12; Éx. 28:29; Cnt. 1:10-11; 3:9-10; 1 Co. 3:12; Ap. 21:18-21

- I. Los materiales del edificio divino son el Dios Triuno procesado y consumado y Sus creyentes transformados, los cuales han sido unidos a Dios, mezclados con Él e incorporados a Él para ser una estructura milagrosa de tesoro a fin de que haya una exhibición universal de las superabundantes riquezas de Su gracia y se pongan de manifiesto la infinita sabiduría de Dios y Su diseño divino—Mt. 16:18; Ef. 2:7; 3:8-11.
- II. Génesis 2 revela el plano arquitectónico de Dios, que consiste en la edificación de Dios mismo en nuestro ser a fin de producir los materiales preciosos requeridos para la edificación de la Nueva Jerusalén—He. 11:10:
 - A. Dios creó al hombre como un vaso, y éste tiene un espíritu humano cuyo fin es contener a Dios, quien es la vida—Gn. 2:7; Ro. 9:21, 23; 2 Co. 4:7; 2 Ti. 2:21.
 - B. Dios puso al hombre frente al árbol de la vida, el cual representa al Dios Triuno corporificado en Cristo, quien es vida para el hombre en forma de alimento—Gn. 2:9.
 - C. El río que sale del Edén representa el río de agua de vida que fluye procedente de Dios, quien es la fuente del agua viva que el hombre puede beber—v. 10; Ap. 22:1.
 - D. La corriente del río produce tres materiales preciosos, los cuales tipifican al Dios Triuno como los elementos básicos que conforman la estructura del edificio eterno de Dios—Gn. 2:12; Ap. 21:11, 18-21:
 1. El oro tipifica a Dios el Padre con Su naturaleza divina como la base del edificio eterno de Dios—2 P. 1:4.
 2. El bedelio, un material similar al de las perlas y que es producto de la resina de un árbol, tipifica lo producido

por Dios el Hijo en Su muerte redentora que libera la vida divina y en Su resurrección que nos imparte dicha vida, lo cual constituye la entrada al edificio eterno de Dios—Jn. 19:34; 12:24; cfr. Ap. 21:21.

3. El ónice, una piedra preciosa, tipifica lo producido por Dios el Espíritu mediante Su obra transformadora para la edificación del edificio eterno de Dios—2 Co. 3:18; Ro. 12:2.

E. La vida divina, al fluir dentro del hombre, introduce la naturaleza divina en el hombre, lo regenera y lo transforma en materiales preciosos para el edificio de Dios, un edificio que tendrá su consumación en la Nueva Jerusalén como la Eva final y eterna, la novia corporativa, la esposa del Cordero—Gn. 2:22; 2 P. 1:4; 1 P. 1:3; 2 Co. 3:18; Ap. 21:9; 22:17.

III. Las doce piedras preciosas incrustadas en el pectoral del sumo sacerdote representan a todos los miembros del pueblo de Dios que, habiendo sido redimidos y transformados, han sido conjuntamente edificados hasta formar una sola entidad—Éx. 28:15-30:

A. Las doce piedras preciosas incrustadas en el oro, simbolizan a los santos transformados como piedras preciosas que fueron conjuntamente edificados en la naturaleza divina de Cristo hasta formar una sola entidad: la iglesia como Cuerpo de Cristo—vs. 17-20.

B. Puesto que somos componentes de la iglesia, es imprescindible que seamos transformados en nuestra naturaleza humana hasta llegar a ser piedras preciosas útiles para el edificio eterno de Dios; esto se consigue mediante el fuego y la presión procedentes de nuestro entorno y mediante el fluir de la vida divina en nuestro ser.

C. El pectoral que Aarón cargaba al llevarlo sobre su corazón por memorial delante de Jehová representa a la iglesia entera como entidad que ha sido edificada y que es cargada por Cristo, quien la lleva sobre Su corazón amoroso por memorial, es decir, para grata remembranza delante de Dios—v. 29.

IV. Cantar de los cantares 1:10-11 revela que la que ama a Cristo es transformada con los atributos del Dios Triuno por el Espíritu que la rehace; tal Espíritu opera en coordinación con las compañeras de ella, los miembros dotados del Cuerpo de Cristo:

A. El hecho de que la cabellera de la que ama al Señor esté sujeta

con trenzas de oro, indica que ella se ha sometido a Dios mediante la obra transformadora del Espíritu realizada con Dios el Padre en Su naturaleza divina.

B. Las trenzas de oro están sujetas con tachones de plata, lo cual representa a Cristo el Hijo en Su redención jurídica que es todo-inclusiva.

C. Los collares de gemas alrededor del cuello de la que busca al Señor representan a Dios el Espíritu en Su obra de transformación, quien llega a ser en ella su obediencia a la voluntad de Dios.

V. Cantar de los cantares 3:9-10 revela que somos reedificados con el Dios Triuno por la obra de transformación que el Espíritu realiza en nuestro ser a fin de hacernos el palanquín de Cristo para Su mover en el Cuerpo de Cristo y para el Cuerpo de Cristo:

A. Somos reedificados con el Dios Triuno de tal modo que nuestra estructura externa es la humanidad ascendida y resucitada de Jesús (madera del Líbano) y nuestro decorado interno es el amor que tenemos por el Señor (recamado de amor)—2 Co. 5:14.

B. A medida que amamos al Señor de manera personal, afectuosa, íntima y espiritual, nuestro ser natural es demolido, y somos remodelados con Cristo en Su muerte redentora (sus columnas de plata), con Dios en Su naturaleza divina (su base de oro) y con Cristo como Espíritu vivificante que, en Su reinado (el asiento de púrpura), rige en nuestro interior—Ro. 8:28-29; 2 Co. 4:16-18.

VI. La iglesia en el Nuevo Testamento es “labranza de Dios, edificio de Dios” (1 Co. 3:9) y es edificada con oro, plata y piedras preciosas (v. 12a):

A. Los creyentes, que han sido regenerados en Cristo con la vida de Dios, son labranza de Dios, una plantación en la nueva creación de Dios en la cual Cristo es cultivado a fin de producir materiales preciosos para el edificio de Dios.

B. El oro, la plata y las piedras preciosas representan las diversas experiencias de Cristo en las virtudes y atributos del Dios Triuno; la plata, que representa la redención de Cristo, aparece en lugar del bedelio o perla, debido a la necesidad de redención que tiene el hombre después de la caída.

C. La madera, aquí en contraste con el oro, representa la

naturaleza propia del hombre natural; el heno, aquí en contraste con la plata, representa al hombre caído, el hombre de la carne (1 P. 1:24); y la hojarasca, aquí en contraste con las piedras preciosas, representa la obra y el vivir que son producto de una fuente terrenal; ninguno de éstos es digno de ser usado como material de construcción en el edificio divino (1 Co. 3:12b).

VII. La Nueva Jerusalén como la máxima y más grande de todas las señales en las Escrituras, es una entidad orgánica constituida por el Dios Triuno procesado que se ha mezclado con los elegidos tripartitos a quienes Él regeneró, transformó y glorificó—Ap. 21:2, 9-10:

- A. Su base es oro puro, el cual representa la naturaleza divina de Dios; tal base es el firme fundamento del trono mediante el cual se efectúa la administración divina, y dicho trono constituye el glorioso centro desde donde procede la comunicación divina y humana, representada por su calle, que llega a todas sus doce puertas—vs. 18b, 21b; 22:1-2.
- B. Sus puertas son perlas, las cuales representan el fruto de la secreción producida por la muerte de Cristo, una muerte que nos redimió y que liberó la vida, y por la resurrección de Cristo, la cual nos imparte dicha vida—21:12b-13, 21a.
- C. Su muro y sus cimientos son piedras preciosas, las cuales han alcanzado su consumación mediante la obra de transformación y edificación que realiza el Espíritu—vs. 18a, 19-20.

MENSAJE OCHO

LOS MATERIALES DEL EDIFICIO DIVINO

En el mensaje anterior, escuchamos una maravillosa palabra de parte del Señor concerniente al fundamento del edificio divino y al terreno en el cual éste se basa. En este mensaje, procederemos a considerar los materiales del edificio divino.

Las siguientes declaraciones muestran lo que es el edificio de Dios. En el Nuevo Testamento el edificio de Dios es una persona. Es necesario que los nuevos entre nosotros así como aquellos que se reúnen con nosotros desde hace ya algún tiempo, vean esto y oren al respecto.

EL EDIFICIO DE DIOS ES UN DIOS-HOMBRE

- 1) EL DIOS-HOMBRE INDIVIDUAL PRESENTADO EN LOS EVANGELIOS—JN. 1:14; 2:19
- 2) EL DIOS-HOMBRE CORPORATIVO PRESENTADO EN LOS HECHOS Y EN LAS EPÍSTOLAS—HCH. 9:4-5; 1 CO. 3:9; EF. 2:21-22; 3:16-17; 4:16; COL. 2:19
- 3) EL MAGNÍFICO DIOS-HOMBRE CORPORATIVO Y CONSUMADO PRESENTADO EN APOCALIPSIS—AP. 21:2-3, 22

DIOS – HOMBRE
(CONTENIDO) – (VASO)
(ESOSO) – (ESPOSA)
(TEMPLO) – (TABERNÁCULO)

Verdaderamente, el edificio de Dios es un Dios-hombre. Hemos visto el principio que corresponde al edificio de Dios, es decir, que Dios edifica Su propio ser en el ser del hombre, y edifica al hombre en el Ser mismo de Dios. Más adelante tendremos comunión en más detalle con respecto a los materiales del edificio divino. Veremos que los materiales del edificio divino no son otra cosa que la unión, mezcla e incorporación del propio Dios Triuno procesado y consumado con Sus creyentes transformados, lo cual da por resultado una sola entidad: un gran Dios-hombre en este universo.

El deseo del corazón de Dios es obtener un Dios-hombre. Un

Dios-hombre es un hombre que está lleno y saturado de Dios, que se ha unido y mezclado con Dios, y que está incorporado a Dios. Un hombre llega a ser tal clase de persona al ir en pos de Dios, al amar a Dios, al procurar a Dios, al ganar más de Él, al conocerle, al ministrarle, al perderse completamente en Él y al ser hallado en Él.

Debido a que este Dios-hombre es el deseo del corazón de Dios, es imprescindible que todos veamos claramente este asunto. Sin embargo, al intentarlo tenemos que librar una batalla. Incluso tenemos que batallar para usar del término *Dios-hombre*, pues el enemigo aborrece esto y hará todo lo que esté a su alcance para impedirlo. Podemos ver esto en el hecho de que algunos opositores del recobro del Señor usaron este término en el título de un libro que publicaron en contra nuestra en 1981. Este libro, *Los Dios-hombres*, fue calificado como calumnioso y difamatorio por los tribunales en 1985. Independientemente de lo que el enemigo consiga hacer, jamás deberíamos desistir de hablar sobre los Dios-hombres. Diez años después del juicio emitido por los tribunales con respecto a ese libro maligno, el hermano Lee dio una conferencia cuyo tema fue: “Los Dios-hombres”. Los mensajes de esta conferencia fueron luego publicados en un libro maravilloso titulado: *Los Dios-hombres*. El hermano Lee usó este término con toda valentía debido a que él sabía que los Dios-hombres son el deseo del corazón de Dios y son, también, objeto de ataques por parte del enemigo.

El Dios-hombre individual presentado en los Evangelios

El Dios-hombre individual es revelado en los Evangelios (Jn. 1:14; 2:19). Toda la Biblia nos habla del deseo del corazón de Dios, el cual consiste en edificar un Dios-hombre corporativo; pero en esta sección nos concentraremos principalmente en cómo esto se revela en el Nuevo Testamento. Primero, consideremos al Dios-hombre individual presentado en los Evangelios. El Dios-hombre presentado en los Evangelios es el propio Señor Jesús. Este Dios-hombre era el edificio de Dios. Juan 1:14 dice que “el Verbo se hizo carne, y fijó tabernáculo entre nosotros”. El Señor Jesús era Dios (v. 1), y era el tabernáculo de Dios, la morada de Dios, el edificio de Dios, aquí en la tierra entre los hombres. Él era el edificio de Dios en dos aspectos: como tabernáculo y como templo. En Juan 2:19, el Señor Jesús dijo: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”. Al decir esto, el Señor se refería a Su cuerpo (v. 21). Aquí, el Señor dio a entender que tres días después de Su crucifixión Él levantaría Su cuerpo, el cual se convertiría en Su Cuerpo místico. En otras palabras, en

resurrección Cristo sería agrandado para llegar a ser el Cristo corporativo. Él sería la Cabeza de Su Cuerpo, la iglesia (Ef. 1:22-23). Más aún, debido a que Él habría de estar en Sus muchos miembros, Él también sería el Cuerpo de la Cabeza (Jn. 14:20; 2 Co. 13:5; 1 Co. 12:12).

El Dios-hombre corporativo en Hechos y en las Epístolas

El Dios-hombre corporativo es revelado en Hechos y en las Epístolas (Hch. 9:4-5; 1 Co. 3:9; Ef. 2:21-22; 3:16-17; 4:16; Col. 2:19). El tema principal de las Epístolas es el Dios-hombre corporativo, esto es, la iglesia. La iglesia es el Dios-hombre corporativo, la manifestación corporativa de Dios en la carne (1 Ti. 3:15-16).

Cuando Pablo, quien se llamaba Saulo, se convirtió, recibió una gran revelación. Antes de su conversión, Saulo había perseguido a los que creían en Cristo, incluso “respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor” (Hch. 9:1). Entonces, mientras iba de viaje a Damasco a fin de continuar persiguiendo a los creyentes, una voz vino de los cielos diciendo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (v. 4). Saulo no tenía bien en claro quién era Aquel a quien él perseguía, así que le preguntó: “¿Quién eres, Señor?” (v. 5a). El Señor respondió: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (v. 5b). Aquel Jesús que se le apareció a Saulo era el Jesús expandido, el Dios-hombre que se había agrandado, el Dios-hombre corporativo. La nota de pie de página de la Versión Recobro sobre la expresión “me persigues” dice:

Se refiere a una entidad corporativa que incluye a Jesús el Señor y a todos Sus creyentes. Saulo no tenía esta revelación. Él pensaba que perseguía a Esteban y a otros seguidores de Jesús, quienes estaban en el Camino, que él consideraba herejía (24:14). Él no sabía que al perseguirlos, perseguía a Jesús, porque ellos eran uno con Jesús, por estar unidos a Él mediante la fe en Él. Saulo pensaba que perseguía personas en la tierra, sin saber que afectaba a alguien en el cielo. Le sorprendió muchísimo que Jesús desde el cielo le dijera que le perseguía a Él. Para Saulo, ésta fue la más grande revelación que hombre alguno pudiera recibir. Así comenzó a ver que el Señor Jesús y Sus creyentes son una persona grande y maravillosa. Esto le ha de haber causado un gran impacto para su futuro ministerio tocante a Cristo y la iglesia como el gran misterio de Dios (Ef. 5:32), y ha de haber puesto un sólido fundamento para su ministerio único.

En 1 Corintios 3:9 Pablo le dijo a los creyentes que ellos eran “labranza de Dios, edificio de Dios”. Este versículo muestra que el edificio de Dios es una persona corporativa, un Dios-hombre corporativo. Además, muestra que el edificio de Dios es una entidad orgánica. Como labranza de Dios que somos, tenemos que crecer en la vida divina, estar arraigados en Él, y absorber a Cristo mismo como nuestro rico suelo; todo ello a fin de que Él crezca en nosotros. A medida que Él crece en nosotros, nosotros crecemos en Él (Ef. 4:15). Nuestro crecimiento en la vida divina da por resultado que somos transformados por dicha vida y, en virtud de ello, llegamos a ser materiales preciosos para el edificio de Dios.

Efesios 2:21-22 revela que en Cristo como piedra del ángulo, la edificación consiste en nuestro crecimiento: “En quien todo el edificio, bien acoplado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor, en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el espíritu”. Debido a que el edificio de Dios es una edificación orgánica, éste crece; y a medida que crece, es edificado.

Efesios 3:16-17a dice: “Para que os dé, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu; para que Cristo haga Su hogar en vuestros corazones por medio de la fe”. Tiene inmenso impacto orar pidiendo: “Padre, fortaléceme con poder por Tu Espíritu en mi hombre interior, a fin de que Cristo pueda edificar Su hogar en mi corazón”. Ser fortalecidos en el hombre interior y experimentar que Cristo hace Su hogar en nuestro corazón, equivale a ser edificados en Dios mismo y que Dios mismo sea edificado en nuestro ser. Cuando oramos pidiendo que el Padre nos fortalezca con poder en nuestro hombre interior por Su Espíritu, somos edificados en Dios, quien está en Cristo, el cual es el Espíritu, el mismo que está mezclado con nuestro espíritu, nuestro hombre interior. Cuando somos edificados en Él, Él se extiende a nuestro corazón y, así, es edificado en nosotros. Entonces, somos llenos hasta toda la plenitud de Dios con miras a Su expresión, Su gloria.

Efesios 4:16 dice: “De quien todo el Cuerpo, bien unido y entrelazado por todas las coyunturas del rico suministro y por la función de cada miembro en su medida, causa el crecimiento del Cuerpo para la edificación de sí mismo en amor”. En su estructura básica, este versículo dice: “Todo el Cuerpo ... causa el crecimiento del Cuerpo para la edificación de sí mismo en amor”. El proceso de la edificación no es otra cosa que el crecimiento del Cuerpo. Si todas las coyunturas proveen el rico

suministro, si todos los miembros ejercen su función, y si nosotros todos absorbemos las riquezas de Cristo como Cabeza, entonces el Cuerpo crecerá por medio de las riquezas que fluyen de unos a otros recíprocamente. Este crecimiento es la edificación del Cuerpo en amor.

Colosenses 2:19 dice: “Asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el Cuerpo, recibiendo el rico suministro y siendo entrelazado por medio de las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento de Dios”. Al asirnos de Cristo la Cabeza mantenemos una relación íntima con Él. Y al estar vinculados a la Cabeza de manera íntima, crecemos con el crecimiento de Dios, el cual es el incremento de Dios en nosotros. A medida que Dios crece en nosotros, Su propio Ser es edificado en nuestro ser, y nosotros somos edificados en Dios mismo.

El magnífico Dios-hombre corporativo y consumado presentado en Apocalipsis

El magnífico Dios-hombre corporativo y consumado es revelado en Apocalipsis (21:2-3, 22). El magnífico Dios-hombre corporativo y consumado que se nos presenta en Apocalipsis es la Nueva Jerusalén. La Nueva Jerusalén es una novia y a la vez un edificio, una “novia-edificio”. En el versículo 2 Juan vio “la santa ciudad, la Nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una novia ataviada para su marido”. En el siguiente versículo, esta novia es llamada “el tabernáculo de Dios”. Después, en el versículo 22, vemos que la Nueva Jerusalén es el templo de Dios (notas 1 y 2). Por tanto, la Nueva Jerusalén es una “novia-edificio”. Más adelante, en este mismo mensaje, veremos cómo en Génesis 2 Dios tomó una costilla del costado de Adán y con ella formó, edificó, una mujer. Esto tipifica cómo Dios en Cristo como Espíritu edifica Su propio ser en nuestro ser como la vida de resurrección del Dios Triuno, una vida inquebrantable, eterna e indestructible. Dios edifica Su propio ser en nuestro ser, y nosotros somos edificados hasta llegar a ser una mujer, la novia de Cristo. Esta novia edificada es el magnífico Dios-hombre corporativo.

Si percibimos esta visión según la cual el edificio de Dios es un Dios-hombre, nuestro vivir y nuestro servicio serán revolucionados. Dios desea obtener a este Dios-hombre. Por esta razón, necesitamos orar todos los días pidiendo que Dios aumente y crezca en nosotros. Entonces, cuando tenemos contacto con otros, lo haremos con el único deseo de ministrarles a Dios mismo a fin de que este Dios-hombre

pueda ser edificado en toda su plenitud y alcance su consumación al llegar a ser la Nueva Jerusalén.

**Dios y el hombre; el contenido y el vaso;
el esposo y la esposa; el templo y el tabernáculo**

La verdad concerniente al Dios-hombre es sencilla y, sin embargo, profunda. Ella constituye el significado del universo. Por tanto, nuestros corazones tienen que ser afirmados a este respecto. El siguiente diagrama puede ayudarnos en nuestros esfuerzos por entender este magnífico Dios-hombre corporativo:

Dios – Hombre
(Contenido) – (Vaso)
(Esposo) – (Esposa)
(Templo) – (Tabernáculo)

En este Dios-hombre corporativo, Dios es el contenido y el hombre es el vaso. Nosotros somos vasos de Dios y, como tales, hemos sido creados con el propósito de ser llenos de Dios a fin de ser Su expresión. Dios es el contenido, el hombre es el contenedor, o el vaso, que es la expresión del contenido.

Más aún, Dios es el Esposo, y el hombre es la esposa. El hermano Lee, en la etapa final de su ministerio, dio una serie de mensajes que ahora conforman el libro titulado *La aplicación de la interpretación de la Nueva Jerusalén a los creyentes que buscan más del Señor*. En este libro el hermano Lee hace notar que la Nueva Jerusalén es el Esposo divino de los elegidos de Dios que Él redimió:

Conforme a lo divino, es el Marido divino (el Dios redentor que está en Su corporificación consumada, la cual es Cristo, con la vida y la naturaleza humanas) de los elegidos redimidos. La esposa es humana, y el Marido es divino. ¿Cómo puede ser que una esposa humana se casa con una Persona divina? Porque ella tiene la naturaleza y la vida divinas de la Persona divina. ¿Y cómo puede ser que la misma entidad es un marido? Porque la Nueva Jerusalén es divina. El Dios divino es parte de ella. Por tanto, por un lado, es una esposa. Por otro, es un marido. La Nueva Jerusalén es la esposa conforme a lo humano y es el marido conforme a lo divino. Pero como Marido divino, la Nueva Jerusalén tiene la vida y la naturaleza humanas. En lo humano y en lo

divino es tanto una morada mutua y una pareja compuesta de una esposa como un marido. (págs. 11-12)

La Nueva Jerusalén es el Esposo divino de los elegidos de Dios que Él redimió y, al mismo tiempo, es también la esposa humana del Dios redentor:

Conforme a lo humano, la Nueva Jerusalén es la esposa humana (con la vida y la naturaleza divinas) del Cordero, el Dios redentor (21:2, 9). Esta esposa humana puede casarse con una Persona divina porque tiene la vida y la naturaleza divinas. Esto la capacita para ser el complemento del Dios redentor. Por una parte, ella es humana; por otra, es divina. Puesto que es humana, puede ser la esposa humana del Dios redentor. Puesto que es divina, puede casarse con Él, la Persona divina. (pág. 11)

Este Esposo y esposa no solamente están unidos; ellos están mezclados entre sí; incluso moran el uno en el otro. En otras palabras, ellos viven en coherencia. Esta relación va mucho más allá de la de cualquier matrimonio terrenal. En esta relación de coherencia entre el Dios redentor como el Esposo y el hombre deificado como la novia, Dios es el hombre y el hombre es Dios.

Más aún, en la Nueva Jerusalén Dios es nuestro templo y nosotros somos Su tabernáculo. En Apocalipsis 21:22 leemos: “No vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso, y el Cordero, es el templo de ella”. Esto nos da a entender que Dios es nuestro templo y que nosotros moramos en Él. La palabra traducida “templo” en este versículo es la palabra griega con la que se designaba el templo interior, el Lugar Santísimo, y como hemos visto, toda la Nueva Jerusalén es un gran cubo divino que es la consumación del Lugar Santísimo por la eternidad. Mientras moramos en Dios, nuestro templo, Dios mora en el hombre, Su tabernáculo (v. 3).

Éste es el edificio de Dios. Si vemos esto, ello revolucionará nuestro vivir. Sin duda, si vemos que somos Dios-hombres y formamos parte del gran Dios-hombre corporativo, ello revolucionará nuestro vivir. Es necesario que todos oremos mucho sobre estas cosas. ¿Qué es el edificio de Dios? El edificio de Dios es el Dios-hombre. La iglesia es el Ser Divino, Dios, forjado en los seres humanos, los hombres. Por tanto, la iglesia es el Dios-hombre corporativo. Nuestra obra hoy en día debe consistir en edificar este magnífico Dios-hombre corporativo, el cual hoy es la iglesia, cuya consumación será la Nueva Jerusalén por la eternidad.

**LOS MATERIALES DEL EDIFICIO DIVINO
SON EL DIOS TRIUNO PROCESADO Y CONSUMADO
Y SUS CREYENTES TRANSFORMADOS,
LOS CUALES HAN SIDO UNIDOS A DIOS,
MEZCLADOS CON ÉL E INCORPORADOS A ÉL
PARA SER UNA ESTRUCTURA MILAGROSA DE TESORO
A FIN DE QUE HAYA UNA EXHIBICIÓN UNIVERSAL
DE LAS SUPERABUNDANTES RIQUEZAS DE SU GRACIA
Y SE PONGAN DE MANIFIESTO
LA INFINITA SABIDURÍA DE DIOS Y SU DISEÑO DIVINO**

Los materiales del edificio divino son el Dios Triuno procesado y consumado y Sus creyentes transformados, los cuales han sido unidos a Dios, mezclados con Él e incorporados a Él para ser una estructura milagrosa de tesoro a fin de que haya una exhibición universal de las superabundantes riquezas de Su gracia y se pongan de manifiesto la infinita sabiduría de Dios y Su diseño divino (Mt. 16:18; Ef. 2:7; 3:8-11). Aquel que es el fundamento del edificio de Dios es nuestro tesoro incomparable, y Él se ha agrandado. Cristo como tesoro es impartido en nuestro ser, haciendo de nosotros también un tesoro. Efesios 1:14 indica que Cristo es impartido a nuestro ser como nuestra herencia. El versículo 11 indica que nosotros somos la herencia de Dios. Juntos, estos versículos muestran que una vez que hemos heredado a Cristo en todas Sus riquezas, retornamos a Él con las riquezas que Él impartió a nuestro ser a fin de ser Su herencia. Esta herencia es la Nueva Jerusalén. Por tanto, la Nueva Jerusalén es Aquel que es “Dios y, a la vez, hombre” que se ha casado con aquel que es “hombre y, a la vez, Dios”: una estructura milagrosa de tesoro.

No solamente este Dios-hombre corporativo es milagroso, sino también cada uno de nosotros, los Dios-hombres individuales, somos un milagro. A medida que el oro, la plata y las piedras preciosas pasan a formar parte de nuestra constitución intrínseca por medio del intenso calor, la presión y el fluir que experimentamos en nuestra vida cristiana, nosotros llegamos a ser una estructura milagrosa de tesoro. Cuando todos nosotros como estructuras individuales de tesoro somos compenetrados, llegamos a ser el magnífico Dios-hombre corporativo que está lleno de las inescrutables riquezas de Cristo, el cual, como corporificación del Dios Triuno, llega a ser real para nosotros como la abundante ministración del Espíritu de Jesucristo, y quien hace que nosotros, junto con Él, lleguemos a ser una estructura milagrosa, la cual es un tesoro incomparable. Esta estructura milagrosa sirve para

exhibir de modo universal las superabundantes riquezas de Su gracia conforme a Su infinita sabiduría y divino diseño.

En los siguientes puntos de este mensaje veremos los pasajes de la Palabra que muestran los materiales del edificio divino. Primero, repasaremos Génesis 2, donde vemos el plano arquitectónico del edificio divino. Después, examinaremos Éxodo 28, donde se nos describe el pectoral del sumo sacerdote. Este pectoral tiene doce piedras preciosas incrustadas en oro, las cuales son los materiales del edificio divino. Luego, consideraremos el tipo presentado en los capítulos 1 y 3 de *Cantar de los cantares*, donde veremos que a medida que la que busca al Señor le ama a fin de obtener el edificio de Dios, ella es infundida con los materiales preciosos y después es hermosea y remodelada con el propio Dios Triuno, a fin de llegar a ser el palanquín del Dios Triuno para Su mover. Después, examinaremos 1 Corintios 3, donde veremos la necesidad de ser aquellos que edifican, no con materiales sin valor, sino con oro, plata y piedras preciosas. Al respecto, es necesario que en nuestro ser siempre resuene esta oración: “Señor, sálvame de alguna vez edificar con materiales sin valor. No quiero edificar con nada que sea de madera, heno u hojarasca. Anhele ser reestructurado y reedificado con Tu propio Ser en Tu Trinidad Divina como oro, plata y piedras preciosas. Anhele ministrarte a Ti como el Dios edificado que edifica en las personas”. Finalmente, consideraremos la señal mostrada en Apocalipsis 21, la Nueva Jerusalén, como la eterna estructura milagrosa de oro, perla y piedras preciosas.

**GÉNESIS 2 REVELA EL PLANO
ARQUITECTÓNICO DE DIOS,
QUE CONSISTE EN LA EDIFICACIÓN
DE DIOS MISMO EN NUESTRO SER
A FIN DE PRODUCIR LOS MATERIALES PRECIOSOS
REQUERIDOS PARA LA EDIFICACIÓN
DE LA NUEVA JERUSALÉN**

Génesis 2 revela el plano arquitectónico de Dios, que consiste en la edificación de Dios mismo en nuestro ser a fin de producir los materiales preciosos requeridos para la edificación de la Nueva Jerusalén. Hebreos 11:10 dice de Abraham que él “esperaba con anhelo la ciudad que tiene fundamentos, cuyo Arquitecto y Constructor es Dios”. Por tanto, el Arquitecto de la Nueva Jerusalén es Dios. En los puntos que siguen, veremos que la arquitectura divina es una arquitectura orgánica.

**Dios creó al hombre como un vaso,
y éste tiene un espíritu humano
cuyo fin es contener a Dios, quien es la vida**

Dios creó al hombre como un vaso, y éste tiene un espíritu humano cuyo fin es contener a Dios, quien es la vida (Gn. 2:7; Ro. 9:21, 23; 2 Co. 4:7; 2 Ti. 2:21). Uno de los principales elementos de la revelación central propia del ministerio de Pablo —el ministerio que completó la revelación divina— es que Dios es nuestro contenido. Ya sea que seamos jóvenes o viejos, la verdad de que somos vasos tiene que regir nuestro vivir. Cada día debemos aspirar a que Dios sea nuestro contenido. Cuando nos levantamos por la mañana para dar comienzo a un nuevo día, debemos orar: “Señor, sé mi contenido hoy”. Si no contenedmos a Dios ni le expresamos, somos una contradicción carente de todo sentido, pues fuimos hechos para ser llenos de Dios.

En 2 Corintios 4:7 se nos dice: “Pero tenemos este tesoro en vasos de barro”. Es verdad que nuestro vaso es un vaso terrenal y frágil. También es verdad que casi no tiene valor; si todos los elementos y minerales contenidos en nuestro cuerpo fueran vendidos a la tasa del mercado, sería un precio muy bajo. Pero aunque somos terrenales, frágiles y sin valor, tenemos al Cristo de gloria en nuestro ser.

Puesto que somos vasos, el contexto de este versículo debe servirnos para comprender de qué consiste el tesoro que hay en nuestro interior. El versículo 6 dice: “Porque el mismo Dios que dijo: De las tinieblas resplandecerá la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”. Después, el versículo 7 comienza diciendo: “Pero tenemos este tesoro”. El uso de la palabra *este* en el versículo 7 nos remite a “la faz de Jesucristo” mencionada en el versículo 6. La faz de Cristo es Su presencia, Su persona; es Cristo mismo. Cristo es nuestro tesoro. Él es muy cercano a nosotros, es verdadero para nosotros, y de incalculable valor así como vital para cada uno de nosotros. Nosotros le amamos y vivimos según la expresión de Sus ojos (cfr. 2 Co. 2:10).

La presencia de Cristo está estrechamente relacionada con la condición propia de una iglesia edificada. En 1958, el hermano Lee ministró concerniente a la importancia de la presencia de Cristo con respecto a las iglesias:

Primero, una iglesia edificada posee la presencia de Dios. Apocalipsis 21:22 dice que no hay templo en la Nueva

Jerusalén, pues Dios y el Cordero son su templo. Sabemos que en los tiempos del Antiguo Testamento, el templo era el centro de Jerusalén. Por tanto, que Dios y el Cordero sean el templo significa que Dios y el Cordero llegan a ser el centro de la ciudad. En otras palabras, Dios está con la ciudad, y la ciudad posee la presencia de Dios.

Esto nos muestra que donde se produce la edificación, allí está la presencia de Dios. La presencia de Dios es lo que sigue Su edificación. ¿Acaso nuestra experiencia no nos dice también que siempre que somos juntamente edificados con todos los santos contamos con la presencia de Dios, y que siempre que actuamos de manera individualista, de inmediato perdemos el sentir de que Él está presente? (*The Building Work of God* [La obra de edificación de Dios], págs. 88-89)

El primer requisito que ha cumplido una iglesia edificada es el de ser llena de la presencia de Dios. La palabra griega que se traduce como “presencia” es la misma que se traduce en otros contextos como “rostro” o “persona”. Por ende, tener la faz de Jesucristo es tener Su presencia, Su persona. Además, la luz es la presencia de Dios, pues Dios es luz (1 Jn. 1:5). Esto nos da a entender que si somos una iglesia edificada, seremos llenos de la luz que Su rostro irradia, disfrutaremos de la luz de Su sonrisa, una sonrisa interna, así como de la expresión de Su rostro. Si somos llenos de la presencia de Cristo, habremos cumplido con el primer requisito para ser una iglesia edificada.

Con respecto a la aplicación de la presencia de Dios a nuestra vida de iglesia cotidiana, el hermano Lee añade lo siguiente:

Si conocemos este principio y vivimos regidos por él, jamás discutiremos con los hermanos y hermanas mientras servimos a Dios en la iglesia. Sabemos que siempre que argumentamos con ellos, perdemos la presencia de Dios. La presencia de Dios es como una paloma que no puede soportar el menor disturbio. Una vez que discutimos, ella se alejará volando. Recientemente estuve de viaje en el extranjero y en diversos lugares, ya sea en un parque o por las calles, tuve ocasión de ver muchas palomas que revoloteaban alrededor. Estas palomas no tenían miedo de la gente. En cierta ocasión, mientras estábamos sentados en un parque, un grupo de palomas vino volando a posarse

frente a nosotros. Si hablábamos en voz alta, ellas se alejaban volando, pero si simplemente permanecíamos sentados allí conversando apaciblemente, una a una, las palomas volvían a posarse cerca de nosotros. Hermanos y hermanas, lo mismo sucede con la presencia de Dios cuando juntos servimos al Señor. Quizás los argumentos que ustedes tengan sean razonables y correctos, y es probable que sus sugerencias sean las mejores, pero debido a que discutimos, el Espíritu Santo se aleja volando como una paloma.

Por tanto, tenemos que ceñirnos a este principio. La presencia de Dios tiene que ser el criterio determinante para todo asunto. Independientemente de lo que hagamos, tenemos que prestar atención a si contamos con la presencia de Dios o no. ¿Está Dios presente con nosotros cuando expresamos nuestras propias opiniones? ¿Contamos con Su presencia al decir ciertas cosas o al asumir cierta actitud? ¿Está presente Dios en nuestra sugerencia o propuesta? Si tocamos la presencia de Dios en todo lo que hacemos, veremos que Dios está allí como el templo, y la edificación de Dios estará en medio nuestro. Cuando discutimos unos con otros, es posible que todos procuremos agradar al Señor y que haya suficiente justificación para que insistamos en algún punto. Sin embargo, debido a que argumentamos, no tenemos a Dios como el templo, lo cual representa la presencia de Dios mismo. En lugar de ello, habremos derribado la ciudad.

Una de las cosas que más me entristece es que en todos los lugares que he visitado rara vez he dejado de escuchar a los hermanos y hermanas juzgándose y criticándose unos a otros. En casi todo lugar que he visitado he conocido algún hermano o hermana que desea comunicarme sus críticas y juicios. Si no están descontentos con los hermanos responsables, entonces atribuyen culpa a los colaboradores, o simplemente no están satisfechos con la iglesia. Una cosa es cierta: los hermanos y hermanas que critican son los primeros en perder la presencia de Dios, independientemente de si están en lo correcto o están equivocados en sus críticas y juicios. Ellos no cuentan con la presencia de Dios

como templo. Entre tales personas no se produce edificación alguna. (págs. 89-90)

Nuestra propia experiencia da testimonio de que aquellos que critican son los primeros en perder la presencia de Dios. Incluso si no llegamos a expresar nuestras críticas verbalmente, sino que en lugar de ello abrigamos críticas en nuestro corazón, perderemos la presencia del Señor. Si no somos llenos del Señor como aceite, estaremos llenos de críticas (cfr. Mt. 25:3-4). Únicamente cuando estemos llenos de Dios no criticaremos a los santos.

Siempre que tenemos un espíritu de crítica y que emite juicios sobre los demás, carecemos del resplandor del Señor en nuestro interior. Este resplandor, entonces, hará que digamos: “Oh Señor, perdóname. Me arrepiento. Necesito que me laves”. Debemos ser regidos por este principio. En cierta ocasión, en una reunión de ancianos, el hermano Lee dijo que ellos querían que ciertos hermanos asumieran el cargo de ancianos, pero ello no era posible debido a que tales hermanos tenían la inclinación a criticar. Cuando los que están en el liderazgo cuidan de los santos, ellos tienen que recibir a los santos como un médico bondadoso que recibe a sus pacientes. A fin de cuidar de los santos, tenemos que orar por ellos y conocer su condición a la luz de la presencia de Dios. Más aún, tenemos que ser cuidadosos, pues nuestra comisión es edificar a Dios mismo en el ser de los santos.

Al respecto, el hermano Lee dijo también:

Tenemos que comprender que en la iglesia los argumentos no cuentan. Lo que más importa es la presencia de Dios. La iglesia no es un tribunal donde es provechoso presentar adecuadamente nuestros argumentos. ¡Definitivamente no es así! En la iglesia, cuanto más usted argumente, más Dios se alejará de usted. Incluso si sus argumentos fueran cien por ciento correctos y usted tuviera toda la razón, cuanto más usted argumente, más lejos estará usted de Dios. (pág. 90)

Nada es tan valioso como para perder la sonrisa de Dios por ello. Su sonrisa es nuestro tesoro.

Puesto que Dios creó al hombre como un vaso que posee un espíritu humano con el cual puede contenerlo a Él como vida, nosotros tenemos que ser personas que ejercitan su espíritu todos los días. Si no ejercitamos nuestro espíritu, no se producirá la edificación entre nosotros. Proverbios 20:27 dice: “Lámpara de Jehová es el espíritu del

hombre, / La cual escudriña lo más profundo de su ser”. Para que seamos vasos apropiados que ejercitan su espíritu, debemos decirle al Señor todos los días: “Señor, abro todo mi ser a Ti. Haz de mi un vaso plenamente abierto a Ti. Lléname. Te abro todo mi ser para que mi espíritu pueda resplandecer contigo como Aquel que resplandece en mi espíritu. Me abro a Ti de tal modo que bajo el resplandor de Tu luz, la vida divina me sea suministrada”. Cuando estamos bajo la luz del Señor, nuestra condición es puesta al descubierto, y confesamos nuestros pecados, nuestras transgresiones, nuestros fracasos y nuestras deficiencias. A medida que confesamos todo ello, somos lavados por la sangre y la vida se nos suministra (1 Jn. 1:5-9).

**Dios puso al hombre frente al árbol de la vida,
el cual representa al Dios Triuno corporificado en Cristo,
quien es vida para el hombre en forma de alimento**

Dios puso al hombre frente al árbol de la vida, el cual representa al Dios Triuno corporificado en Cristo, quien es vida para el hombre en forma de alimento (Gn. 2:9). Si hemos de ser transformados en materiales preciosos, es imprescindible que Dios sea nuestro contenido. Dios llega a ser nuestro contenido mediante el ejercicio de nuestro espíritu y al comer nosotros a Jesús.

Tenemos que comer a Jesús todos los días. Como creyentes, debemos asegurarnos de comer al Señor cada mañana al orar-leer Su Palabra. Lo comemos al orar Su Palabra, y así seremos transformados metabólicamente. Al comer Sus palabras de este modo, ellas llegarán a ser el gozo y la alegría de nuestro corazón (Jer. 15:16). La transformación no es obra de sepultureros. Un sepulturero hermosea el cadáver de una persona con cosméticos a fin de que sea grato a la vista. Enseñar principios éticos así como a comportarse bien equivale a realizar la obra de un sepulturero. Pero ésta no es la obra que Dios realiza en la iglesia hoy. La obra que Dios realiza en el hombre consiste en transformarlo metabólicamente desde su interior. Vemos esto con Jacob, quien junto con su familia pasó por muchos sufrimientos. Dios permitió que Jacob sufriera estas cosas porque Él quería transformarlo.

Nosotros los creyentes somos transformados al comer al Señor. Por esta razón, la iglesia no es una tienda donde se venden cosméticos, sino un restaurante donde podemos comer al Señor. En el ámbito físico nuestro metabolismo funciona apropiadamente, sólo si ingerimos los alimentos apropiados, y como resultado de ello, somos transformados.

Lo mismo sucede en el ámbito espiritual. La transformación es el resultado del metabolismo de la vida divina en el interior de nuestro ser. Este metabolismo divino hace que eliminemos nuestro viejo hombre y asimilemos en nuestro ser el nuevo elemento del Dios Triuno. Esto hace que la belleza del Dios Triuno se manifieste en nosotros y por medio de nosotros. Al comer a Jesús, somos hermoeados con el propio Dios Triuno.

**El río que sale del Edén representa
el río de agua de vida que fluye procedente de Dios,
quien es la fuente del agua viva que el hombre puede beber**

El río que sale del Edén representa el río de agua de vida que fluye procedente de Dios, quien es la fuente del agua viva que el hombre puede beber (Gn. 2:10; Ap. 22:1). Nosotros no solamente debemos comer al Señor, también debemos beberle. Una de las maneras en que bebemos al Señor es invocar Su nombre (Is. 12:3-4). También podemos beberle al conversar con Él. Vemos esto en Números 20:8, donde dice: “Toma la vara, y reúne la congregación, tú y Aarón tu hermano, y hablad a la peña a vista de ellos; y ella dará su agua, y les sacarás aguas de la peña, y darás de beber a la congregación y a sus bestias”. Aquí, la peña tipifica al Cristo crucificado y resucitado, y el agua que fluyó de la peña tipifica al Espíritu (1 Co. 10:4). Si le hablamos al Cristo crucificado y resucitado, Él, como Espíritu, fluirá dentro de nosotros. Tenemos que conversar todos los días con el Señor a fin de beberle (Nm. 20:8 y la nota 1, *Holy Bible, Recovery Version* [Santa Biblia, Versión Recobro]).

**La corriente del río produce tres materiales preciosos,
los cuales tipifican al Dios Triuno como los elementos básicos
que conforman la estructura del edificio eterno de Dios**

La corriente del río produce tres materiales preciosos, los cuales tipifican al Dios Triuno como los elementos básicos que conforman la estructura del edificio eterno de Dios (Gn. 2:12; Ap. 21:11, 18-21). Es imprescindible que le permitamos al Señor fluir en nuestro interior. Esta corriente no debe ser interrumpida en nuestro ser. Cuando cierto hermano visitó Taiwán en la década de 1950, él habló en contra del terreno de la iglesia. Este hermano testificó más tarde que mientras dejaba Taiwán podía percibir que la corriente que fluía en su interior había sido interrumpida y que ella jamás volvió a fluir en él. Es una

tragedia que esto suceda. Nada es tan valioso que amerite la interrupción de dicha corriente en nuestro interior.

La corriente de la vida divina es la comunión de la vida divina. La comunión es el fluir de la vida divina que corre en nuestro interior. Esta comunión es tanto horizontal como vertical. Necesitamos mantener nuestra comunión vertical con el Señor y nuestra comunión horizontal con los creyentes. Por medio de esta comunión vertical y horizontal, el Dios Triuno es entretejido con nuestro ser y nosotros somos transformados en materiales preciosos aptos para Su edificio. Así pues, necesitamos mantener esta comunión. Si nos mantenemos dentro de esta corriente, seremos transformados en materiales preciosos.

*El oro tipifica a Dios el Padre
con Su naturaleza divina
como la base del edificio eterno de Dios*

El oro tipifica a Dios el Padre con Su naturaleza divina como la base del edificio eterno de Dios (2 P. 1:4). Así que, cada día necesitamos comprar oro (Ap. 3:18). Necesitamos que nuestro ser sea recubierto por una espesa capa de la naturaleza divina. Este material precioso proviene de la comunión de la vida divina. En palabras sencillas, la naturaleza divina es lo que Dios es, así como la naturaleza de la madera es lo que la madera es. La Biblia revela que Dios es Espíritu, que Dios es amor y que Dios es luz (Jn. 4:24; 1 Jn. 4:8; 1:5). Ser partícipes de la naturaleza divina significa ejercitar nuestro espíritu para disfrutar a Dios como el Espíritu. También ser partícipes de la naturaleza divina es ejercitar todo nuestro ser para amar a Dios con miras a Su edificio de tal modo que podamos ser infundidos con Él, quien es el amor. Amamos a Dios con Él mismo como nuestro amor y nos amamos los unos a los otros con ese mismo amor. Ser partícipes de la naturaleza divina de esta manera es maravilloso. Por esta razón, en el libro *Los grupos vitales* el hermano Lee dio un mensaje titulado “El amor prevalece” (mensaje 8). Cuando el amor prevalece, todos están participando de Dios como amor, lo cual equivale a ser partícipes de la naturaleza misma de Dios. Por último, participar de la naturaleza divina también consiste en participar de Dios como luz. El Espíritu es la naturaleza de la persona de Dios, el amor es la naturaleza de la esencia de Dios y la luz es la naturaleza de la expresión de Dios (1 Jn. 1:5, nota 3). Cuando permanecemos en la comunión de la vida divina, disfrutamos de la naturaleza divina de Dios.

*El bedelio, un material similar al de las perlas
y que es producto de la resina de un árbol,
tipifica lo producido por Dios el Hijo en Su muerte redentora
que libera la vida divina y en Su resurrección que nos imparte
dicha vida, lo cual constituye la entrada al edificio eterno de Dios*

El bedelio, un material similar al de las perlas y que es producto de la resina de un árbol, tipifica lo producido por Dios el Hijo en Su muerte redentora que libera la vida divina y en Su resurrección que nos imparte dicha vida, lo cual constituye la entrada al edificio eterno de Dios (Jn. 19:34; 12:24; cfr. Ap. 21:21). Una perla es el producto de una ostra, y las ostras son halladas en las profundidades del mar, lo cual tipifica la muerte. Cuando un grano de arena hiere una ostra, la ostra secreta una sustancia orgánica alrededor del grano de arena. Esta sustancia o jugo vital, la cual cubre el grano de arena, se solidifica hasta convertirse en las capas preciosas que conforman una perla. Con el tiempo, se produce una hermosa perla. Éste es un cuadro de la muerte de Cristo, una muerte que libera la vida divina. Cristo, como la verdadera ostra, se sumergió en las aguas de la muerte; pasó por una muerte que liberó la vida divina y Él entró en una resurrección que imparte la vida divina. Su muerte que libera la vida divina y Su resurrección que imparte la vida divina, constituyen la fuente en la cual se origina Su secreción de vida. Él fue herido por causa de nuestras transgresiones (Is. 53:5). Él fue herido por nosotros, los granos de arena. Ahora, cada día es necesario que permanezcamos en Su muerte y que muramos a nosotros mismos. Necesitamos orar: “Señor Jesús, quiero conocerte como el Cristo crucificado. Así como la golondrina, en Salmos 84:3, hace su nido en el altar, quiero que mi nido esté en Ti, el Cristo crucificado”. Cuando permanecemos en la muerte de Cristo, rechazándonos a nosotros mismos, muriendo a nuestro yo y viviendo por otra vida, disfrutamos de Su secreción de la vida divina y somos transformados en perlas preciosas para Su edificación.

*El ónice, una piedra preciosa, tipifica lo producido
por Dios el Espíritu mediante Su obra transformadora
para la edificación del edificio eterno de Dios*

El ónice, una piedra preciosa, tipifica lo producido por Dios el Espíritu mediante Su obra transformadora para la edificación del edificio eterno de Dios (2 Co. 3:18; Ro. 12:2). En el *Estudio-vida de*

Génesis, el hermano Lee dice: “Una piedra preciosa es el producto de la transformación. Todas las piedras preciosas provienen de otros materiales. Algunas de ellas se formaron a partir de las rocas ígneas como producto de la presión y el calor. Otras se formaron de rocas sedimentarias por la presión y por las corrientes de aguas” (mensaje 12, pág. 164). No necesitamos orar por presión y calor; ellos vendrán según lo dispuesto por el Señor. No obstante, no sólo somos transformados mediante la presión y el calor que hay en nuestro entorno, sino también por el fluir del agua en nuestro ser. Necesitamos permanecer en el fluir al invocar el nombre del Señor, beber de Él y comer de Él. Cuando le comemos como el árbol de vida, Él fluye en nosotros como el agua de vida. Necesitamos que este fluir no sea interrumpido.

Hoy el hermoso y magnífico Dios-hombre corporativo está siendo producido, pero nosotros estamos todavía en una vida de iglesia que es como una “cocina” llena de actividad y desorden. Es hermoso ver servido un banquete que consiste en una gran diversidad de platillos y comidas; pero si viéramos la cocina donde ese banquete fue preparado, probablemente observaríamos mucho desorden. Éste es un cuadro que representa la vida de iglesia. El hermano Lee dijo: “La cocina de la iglesia tiene una estufa con muchos compartimientos. Todos nosotros cabemos en esa estufa” (pág. 165). Cristo es tipificado por la ofrenda de harina (Lv. 2:1). El aceite y la harina que componían la ofrenda de harina tipifican la mezcla de la divinidad con la humanidad en Cristo. El tipo de la ofrenda de harina también indica que nosotros podemos tener una vida de iglesia que sea una ofrenda de harina (*Life-study of Leviticus* [Estudio-vida de Levítico], mensaje 16). En Levítico 2:4 dice: “Cuando traigas ofrenda cocida en horno, será de tortas de flor de harina sin levadura mezcladas con aceite, y hojaldres sin levadura untadas con aceite”. La ofrenda de harina es una torta hecha de flor de harina mezclada con aceite y es “cocida en horno”. Éste es un cuadro de la transformación que hoy estamos experimentando.

**La vida divina, al fluir dentro del hombre,
introduce la naturaleza divina en el hombre, lo regenera
y lo transforma en materiales preciosos para el edificio
de Dios, un edificio que tendrá su consumación
en la Nueva Jerusalén como la Eva final y eterna,
la novia corporativa, la esposa del Cordero**

La vida divina, al fluir dentro del hombre, introduce la naturaleza

divina en el hombre, lo regenera y lo transforma en materiales preciosos para el edificio de Dios, un edificio que tendrá su consumación en la Nueva Jerusalén como la Eva final y eterna, la novia corporativa, la esposa del Cordero (Gn. 2:22; 2 P. 1:4; 1 P. 1:3; 2 Co. 3:18; Ap. 21:9; 22:17). Estamos llegando a ser la Eva eterna, la novia corporativa. Esta novia corporativa es el magnífico Dios-hombre corporativo. En Génesis 2:21 una costilla fue tomada de uno de los costados de Adán. Con esa costilla Dios edificó una esposa para Adán. La costilla de Adán representa la inquebrantable vida de resurrección (Jn. 19:36). El hecho de que Eva haya sido edificada completamente de la costilla de Adán indica que la iglesia es un producto puro de Cristo. La iglesia está compuesta únicamente del elemento de Cristo. Cualquier cosa que no sea Cristo, no es la iglesia. Sólo lo que proviene de Cristo es la iglesia. Todo lo que proviene de Cristo está simbolizado por la sangre y el agua que fluyó de Su costado herido (v. 34). La sangre de Cristo que limpia es para la redención jurídica que Él efectúa, y el agua que representa Su vida divina es para la salvación orgánica que Él efectúa, por medio de la cual Él nos salva orgánicamente para deificarnos. De esta manera llegamos a ser un producto puro de Cristo.

Todos los puntos anteriores acerca del plan arquitectónico de Dios pueden ser vistos finalmente en la Nueva Jerusalén como producto final. La Nueva Jerusalén es un vaso corporativo cuyo contenido es Dios mismo. Por medio del árbol de vida, del río de vida, del oro, de las perlas y de las piedras preciosas, la Nueva Jerusalén es edificada como una gran Eva corporativa, una entidad que es un edificio y una novia a la vez, para que Cristo sea satisfecho.

**LAS DOCE PIEDRAS PRECIOSAS INCRUSTADAS
EN EL PECTORAL DEL SUMO SACERDOTE REPRESENTAN
A TODOS LOS MIEMBROS DEL PUEBLO DE DIOS QUE,
HABIENDO SIDO REDIMIDOS Y TRANSFORMADOS,
HAN SIDO CONJUNTAMENTE EDIFICADOS
HASTA FORMAR UNA SOLA ENTIDAD**

Las doce piedras preciosas incrustadas en el pectoral del sumo sacerdote representan a todos los miembros del pueblo de Dios que, habiendo sido redimidos y transformados, han sido conjuntamente edificados hasta formar una sola entidad (Éx. 28:15-30). En el Antiguo Testamento, el sumo sacerdote llevaba en sí un pectoral que tenía cuatro hileras con tres piedras en cada hilera. El número cuatro representa al hombre como la principal de las criaturas (Ez. 1:5; Ap. 4:6) y el

número tres representa al Dios Triuno. Por tanto, el pectoral de cuatro hileras con tres piedras representa la mezcla de Dios con el hombre. Las piedras preciosas incrustadas en el pectoral significan que somos una entidad transformada. Cristo es nuestro gran Sumo Sacerdote quien nos lleva a la presencia de Dios (He. 3:1). El hecho de que Cristo nos lleve sobre Su pecho significa que estamos continuamente en Su corazón.

Las doce piedras preciosas incrustadas en el oro, simbolizan a los santos transformados como piedras preciosas que fueron conjuntamente edificados en la naturaleza divina de Cristo hasta formar una sola entidad: la iglesia como Cuerpo de Cristo

Las doce piedras preciosas incrustadas en el oro, simbolizan a los santos transformados como piedras preciosas que fueron conjuntamente edificados en la naturaleza divina de Cristo hasta formar una sola entidad: la iglesia como Cuerpo de Cristo (Éx. 28:17-20). Las doce clases de piedras hermosas estaban incrustadas en el oro sobre el pectoral. El oro representa la naturaleza divina. Estas piedras preciosas representan la obra transformadora del Espíritu en nosotros y ellas son portadas por el Cristo redentor, quien nos lleva en Sí mismo ante la presencia de Dios.

Puesto que somos componentes de la iglesia, es imprescindible que seamos transformados en nuestra naturaleza humana hasta llegar a ser piedras preciosas útiles para el edificio eterno de Dios; esto se consigue mediante el fuego y la presión procedentes de nuestro entorno y mediante el fluir de la vida divina en nuestro ser

Puesto que somos componentes de la iglesia, es imprescindible que seamos transformados en nuestra naturaleza humana hasta llegar a ser piedras preciosas útiles para el edificio eterno de Dios; esto se consigue mediante el fuego y la presión procedentes de nuestro entorno y mediante el fluir de la vida divina en nuestro ser. Recientemente, no pude dormir debido a que estaba muy preocupado por algunas situaciones en las iglesias. Estaba considerando esos asuntos y estaba orando al Señor. Aparte de las situaciones en las iglesias, también enfrentamos una serie de situaciones personales; todos tenemos un compartimiento

propio en el horno. Después de laborar un poco, decidí leer el *Estudio-vida de Génesis*. Lo abrí y leí: “Necesitamos una gran presión, un intenso fuego y el fluir de la vida para ser transformados en piedras preciosas” (pág. 165). Entonces dije: “Amén, Señor”. Leer este pasaje representó un gran suministro para mí, pues pude ver que no sólo necesitamos el fuego y la presión sino también el fluir de la vida, la comunión, a fin de llegar a ser piedras preciosas.

El pectoral que Aarón cargaba al llevarlo sobre su corazón por memorial delante de Jehová representa a la iglesia entera como entidad que ha sido edificada y que es cargada por Cristo, quien la lleva sobre Su corazón amoroso por memorial, es decir, para grata remembranza delante de Dios

El pectoral que Aarón cargaba al llevarlo sobre su corazón por memorial delante de Jehová representa a la iglesia entera como entidad que ha sido edificada y que es cargada por Cristo, quien la lleva sobre Su corazón amoroso por memorial, es decir, para grata remembranza delante de Dios (Éx. 28:29). El pectoral era como una maquina de escribir. El sumo sacerdote recibía el mensaje para el pueblo de Dios a través de las doce piedras en el pectoral. Las doce piedras llevaban el nombre de las doce tribus de Israel, proveyendo así dieciocho de las veintidós letras del alfabeto hebreo. Por consiguiente, le fue añadido al pectoral algo llamado el Tumim para completar las cuatro letras restantes del alfabeto. *Tumim* significa perfeccionadores o los que completan. Cristo es nuestro Tumim; Él es nuestro Perfeccionador. Cuando Él es añadido al pectoral, todo está completo.

También se le añadió al pectoral algo llamado el Urim. *Urim* significa luces o iluminadores. Cristo es nuestro Iluminador. Detrás de cada piedra había un Urim para iluminarlas. Cuando el sumo sacerdote entraba en la presencia de Dios, algunas piedras en el pectoral se oscurecían para transmitir el hablar de Dios (v. 30, y las notas 1-3 de *Holy Bible, Recovery Version* [Santa Biblia, Versión Recobro]). Probablemente tengamos el concepto de que el pectoral era oscuro y que al estar en la presencia de Dios, algunas piedras se encendían, pero esto no es conforme al pensamiento de Dios. Según el pensamiento divino, todas las piedras estaban iluminadas y el hablar de Dios era transmitido cuando algunas piedras se oscurecían. Esto quiere decir que Dios nos habla en medio de situaciones oscuras. Consideremos cómo fueron escritas las Epístolas. Cuando Pablo consideraba la iglesia en Corintio, él vio una

situación oscura. Él vio cosas como división, pleitos, y celos carnales y contiendas (1 Co. 1:10-13; 6:7; 3:3). Cuando él vio esta situación, él recibió un mensaje de parte del Señor. El mensaje fue que Cristo es nuestra justicia, nuestra santificación, nuestra redención, nuestra Pascua, las primicias y muchas otras cosas (1:9, nota 2 en la *Versión Recobro*). Pablo recibió un mensaje completo para enfrentarse a la situación oscura en que se encontraba la iglesia en Corintio.

El hecho de que el sumo sacerdote llevara el pectoral ante Dios muestra que los que están en el liderazgo deben traer a los santos a la presencia de Dios. De hecho, todos cuidamos a alguien, y debemos llevarlos en oración ante Dios, a Su presencia, a fin de saber discernir o leer la situación y condición en la que ellos se encuentran de tal modo que Dios nos pueda infundir un mensaje fresco y nuevo con el cual podamos atender a la necesidad de ellos. El cuadro que el pectoral representa también nos muestra que el Señor nos habla y dirige a través de la iglesia. La iglesia es portadora de la dirección de Dios para nosotros. Es por medio de Su oráculo en la iglesia que Dios nos revela qué es lo que debemos hacer y a dónde debemos ir.

CANTAR DE LOS CANTARES 1:10-11 REVELA QUE LA QUE AMA A CRISTO ES TRANSFORMADA CON LOS ATRIBUTOS DEL DIOS TRIUNO POR EL ESPÍRITU QUE LA REHACE; TAL ESPÍRITU OPERA EN COORDINACIÓN CON LAS COMPAÑERAS DE ELLA, LOS MIEMBROS DOTADOS DEL CUERPO DE CRISTO

Cantar de los cantares 1:10-11 revela que la que ama a Cristo es transformada con los atributos del Dios Triuno por el Espíritu que la rehace; tal Espíritu opera en coordinación con las compañeras de ella, los miembros dotados del Cuerpo de Cristo. El hecho de que la cabellera de la que ama al Señor esté sujeta con trenzas de oro indica que ella se ha sometido a Dios mediante la obra transformadora del Espíritu que es realizada y con Dios el Padre en Su naturaleza divina. Las trenzas de oro están sujetas con tachones de plata, los cuales representan a Cristo el Hijo en Su redención jurídica que es todo-inclusiva. Los collares de gemas alrededor del cuello de la que busca al Señor representan a Dios el Espíritu en Su obra de transformación, quien llega a ser en ella su obediencia a la voluntad de Dios.

El cabello atado de una hermana representa su sumisión a Dios. Espiritualmente hablando, todos debemos tener nuestro cabello sujeto. Nuestro cabello no debe estar en desorden ni en punta, lo cual denota

rebeldía contra el trono de Dios, la autoridad de Dios. La manera de estar en sumisión es tener los debidos compañeros, los miembros dotados en el Cuerpo. Necesitamos estar en la vida de iglesia donde algunas personas son agentes de transformación para nosotros, quienes nos imparten la naturaleza divina de Dios a fin de hacer que nos sujetemos a la voluntad de Dios. Estas personas también nos imparten al Hijo redentor a fin de que estemos debidamente ceñidos y sujetos, y seamos firmemente estabilizados de tal modo que nuestra “cabellera” no se suelte ni se rebele en contra de la voluntad de Dios. Además, estos compañeros también nos adornan con Dios el Espíritu para que seamos embellecidos con el Dios Triuno.

CANTAR DE LOS CANTARES 3:9-10 REVELA QUE SOMOS REEDIFICADOS CON EL DIOS TRIUNO POR LA OBRA DE TRANSFORMACIÓN QUE EL ESPÍRITU REALIZA EN NUESTRO SER A FIN DE HACERNOS EL PALANQUÍN DE CRISTO PARA SU MOVER EN EL CUERPO DE CRISTO Y PARA EL CUERPO DE CRISTO

Cantar de los cantares 3:9-10 revela que somos reedificados con el Dios Triuno por la obra de transformación que el Espíritu realiza en nuestro ser a fin de hacernos el palanquín de Cristo para Su mover en el Cuerpo de Cristo y para el Cuerpo de Cristo. Un palanquín es una especie de nave, un carruaje. En términos modernos, es un carro por el cual se lleva al rey. Nosotros llegamos a ser el palanquín de Cristo, Su nave, Su carro, Su carruaje.

Somos reedificados con el Dios Triuno de tal modo que nuestra estructura externa es la humanidad ascendida y resucitada de Jesús (madera del Líbano) y nuestro decorado interno es el amor que tenemos por el Señor (recamado de amor)

Somos reedificados con el Dios Triuno de tal modo que nuestra estructura externa es la humanidad ascendida y resucitada de Jesús (madera del Líbano), y nuestro decorado interno es el amor que tenemos por el Señor (recamado de amor) (2 Co. 5:14). El palanquín estaba hecho de madera del Líbano, lo cual significa que nuestra estructura externa debe ser la humanidad de Jesús resucitada y ascendida. Nuestra decoración interna debe ser nuestro amor por el Señor; debemos estar recubiertos interiormente de Su amor. Esto quiere decir que si otros pudieran ver el interior de nuestro ser, ellos verían a alguien que ama al Señor con todo su ser. Es nuestro amor por el Señor lo que nos guarda

dentro del ámbito que corresponde a la humanidad de Cristo. Después de cierto disturbio ocurrido entre nosotros a fines de la década de los 80, el hermano Lee se mostró un tanto decepcionado y se preguntaba: ¿Cómo es posible que personas que han sido regeneradas y transformadas todavía tengan problemas en lo que respecta a su humanidad? ¿Cómo es posible que algo así ocurra en el recobro del Señor?” (*La visión gloriosa y el camino de la cruz*, pág. 29). Después de lo cual, él nos compartió algo muy sencillo, diciendo: “Si amamos Su manifestación, seremos preservados en la esfera donde Cristo es nuestra humanidad” (pág. 49). Podemos ver esto con el palanquín. Necesitamos estar recubiertos internamente con el amor para poder ser reedificados con el Dios Triuno.

**A medida que amamos al Señor
de manera personal, afectuosa, íntima y espiritual,
nuestro ser natural es demolido,
y somos remodelados con Cristo
en Su muerte redentora (sus columnas de plata),
con Dios en Su naturaleza divina (su base de oro)
y con Cristo como Espíritu vivificante
que, en Su reinado (el asiento de púrpura),
rige en nuestro interior**

A medida que amamos al Señor de manera personal, afectuosa, íntima y espiritual, nuestro ser natural es demolido, y somos remodelados con Cristo en Su muerte redentora (sus columnas de plata), con Dios en Su naturaleza divina (su base de oro) y con Cristo como Espíritu vivificante que, en Su reinado (el asiento de púrpura), rige en nuestro interior (Ro. 8:28-29; 2 Co. 4:16-18). El palanquín es un cuadro que representa al creyente que es un Dios-hombre Triuno. Cuando somos tal clase de persona, nuestro ser se recubre internamente de Su amor y debido a que amamos al Señor Jesús con miras a Su edificación, disfrutamos de Su humanidad resucitada y ascendida, la misma que está representada por la madera del Líbano. Nuestra base o pedestal es de oro, es decir, está llena de la naturaleza divina de Dios. Las columnas de nuestro ser están llenas de Dios como el Hijo redentor. Los asientos del palanquín están hechos de púrpura, lo cual significa que estamos saturados y empapados del Cristo que es el Espíritu vivificante y que somos reedificados con tal Persona, quien reina y rige en nuestro interior. Nosotros estamos siendo derribados en nuestra vida natural y

estamos siendo reedificados con una base de oro, columnas de plata y un asiento de púrpura. Al estar recubiertos de amor, podemos expresar la humanidad resucitada y ascendida de Jesús como madera del Líbano, y somos un Dios-hombre divino y místico que es el “carro” que ha de llevar el evangelio del reino a toda la tierra habitada. Cuando el evangelio del reino sea predicado en toda la tierra habitada, entonces vendrá el fin (Mt. 24:14).

**LA IGLESIA EN EL NUEVO TESTAMENTO
ES “LABRANZA DE DIOS, EDIFICIO DE DIOS”
Y ES EDIFICADA CON ORO, PLATA Y PIEDRAS PRECIOSAS**

La iglesia en el Nuevo Testamento es “labranza de Dios, edificio de Dios” (1 Co. 3:9) y es edificada con oro, plata y piedras preciosas (v. 12a). La obra verdadera del Señor es el fluir de la vida divina, el desbordamiento de esta vida. Jueces 9:9 dice que es con aceite que se honra a Dios y al hombre. Esto muestra que honramos a Dios cuando vivimos por el espíritu y que honramos al hombre cuando ministramos el Espíritu. En 1 Samuel 2:30 el Señor dijo: “Yo honraré a los que me honran”. Si ministramos a Cristo como el Espíritu consumado, la realidad del Dios Triuno, y de esta manera edificamos con oro, plata y piedras preciosas, seremos honrados por Él y con Él por mil años como nuestra recompensa en el reino milenar.

**Los creyentes, que han sido regenerados en Cristo
con la vida de Dios, son labranza de Dios,
una plantación en la nueva creación de Dios
en la cual Cristo es cultivado
a fin de producir materiales preciosos
para el edificio de Dios**

Los creyentes, que han sido regenerados en Cristo con la vida de Dios, son labranza de Dios, una plantación en la nueva creación de Dios en la cual Cristo es cultivado a fin de producir materiales preciosos para el edificio de Dios. Cultivamos a Cristo. Es de crucial importancia que crezcamos en la vida divina hasta que alcancemos la madurez propia de la vida divina. El hermano Lee sentía gran aprecio por *Himnos*, #173. Este himno es una oración, donde se pide: “Oh, Jesucristo, crece en mí”. Debemos hacer esta oración por el resto de nuestros días. Cuando crecemos en la vida divina, somos transformados en virtud de dicha vida.

**El oro, la plata y las piedras preciosas
representan las diversas experiencias de Cristo
en las virtudes y atributos del Dios Triuno;
la plata, que representa la redención de Cristo,
aparece en lugar del bedelio o perla,
debido a la necesidad de redención
que tiene el hombre después de la caída**

El oro, la plata y las piedras preciosas representan las diversas experiencias de Cristo en las virtudes y atributos del Dios Triuno; la plata, que representa la redención de Cristo, aparece en lugar del bedelio o perla, debido a la necesidad de redención que tiene el hombre después de la caída. La plata de expiación a la que hace referencia Éxodo 30:16 es la plata del edificio de Dios. La plata representa a Cristo el Hijo en Su redención, en Su obra redentora. En la perla no está presente la obra de redención, únicamente la secreción de la vida divina. Puesto que al final de la Biblia no hay pecado, en la Nueva Jerusalén sólo está presente la perla, la secreción de la vida divina, mas no el aspecto redentor que la plata representa (Ap. 21:21).

**La madera, aquí en contraste con el oro,
representa la naturaleza propia del hombre natural;
el heno, aquí en contraste con la plata,
representa al hombre caído, el hombre de la carne;
y la hojarasca, aquí en contraste con las piedras preciosas,
representa la obra y el vivir que son producto de una fuente
terrenal; ninguno de éstos es digno de ser usado
como material de construcción en el edificio divino**

La madera, aquí en contraste con el oro, representa la naturaleza propia del hombre natural; el heno, aquí en contraste con la plata, representa al hombre caído, el hombre de la carne (1 P. 1:24); y la hojarasca, aquí en contraste con las piedras preciosas, representa la obra y el vivir que es producto de una fuente terrenal; nada de esto es digno de ser usado como material de construcción en el edificio divino (1 Co. 3:12b). Si usamos nuestro hombre natural o nuestra carne, o si tenemos una fuente terrenal, estropeamos el edificio de Dios. Es un asunto muy serio estropear el edificio de Dios. Debemos ser inflexibles al respecto y declarar firmemente: “Señor, hoy no quiero vivir por mi hombre natural; quiero vivir por el Espíritu. Sálvame de ser natural.

Señor, transfórmame y sálvame de hacer algo en mi carne o conforme a mi carne. Señor, quiero que Tú seas mi fuente; no quiero tener una fuente terrenal. Señor, sé la fuente de aguas de vida fluyendo desde mi interior”.

Tengo mucha carga de que veamos la importancia de no estropear el edificio de Dios. En la iglesia en Corinto algunos de los creyentes decían: “Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo” (1 Co. 1:12). Ciertamente utilizar a los hermanos dotados para crear partidos representa un comportamiento carnal (cfr. 3:3). Esto es lo que corresponde a los creyentes; pero por otro lado, en lo que corresponde a personas como Apolos y Cefas, existe otro aspecto. A saber, Pablo era el sabio arquitecto (v. 10) y él era el padre espiritual de los corintios (4:14). Si Cefas y Apolos hubiesen sabido ministrar apropiadamente, habrían sido absolutamente uno con Pablo. Si ellos hubiesen sido intrínseca y absolutamente uno con Pablo como el sabio arquitecto, los santos no se hubiesen atrevido a decir tales palabras divisivas y sectarias. Si ése hubiese sido el caso, cuando Cefas y Apolos fueron a Corinto, habría sido como si Pablo hubiese ido. En *Permanecer en el único ministerio neotestamentario de la economía de Dios sujetos al debido liderazgo en el mover de Dios*, el hermano Lee dice:

Debió de existir una razón por la cual surgiera el problema en Corinto, ya que unos decían: “yo soy de Cefas”, “yo soy de Apolos” y, “yo soy de Pablo”. Si Pedro se hubiera conducido, actuado y laborado en un ambiente que tuviera el color y el sabor característicos de alguien que era absolutamente uno con Pablo, en Corinto nadie hubiera dicho que era de Pedro pero no era de Pablo. Y si Apolos hubiera estado laborando, predicando, actuando y viviendo de una manera que expresara el sabor, el color y el ambiente que correspondían a Pablo, nadie hubiera dicho que era de Apolos pero no era de Pablo. Sin embargo, vemos que ahí había tres entidades. Una correspondía a Pedro, otra a Apolos y la otra a Pablo.

Ya sea que los llamemos tres ministerios, tres líderes, tres autoridades o tres diferentes clases de enseñanza, el simple hecho de que eran tres, dio origen a una fisura por la cual entró la lluvia. Unos decían: “Yo soy de Pedro; Pablo no me interesa”. Otros decían: “Yo soy de Apolos, así que no me interesan ni Pedro ni Pablo”. Y aún otros decían:

“Yo estoy aquí por Pablo”. Así que, en Corinto había disputas entre los santos, las cuales provenían de los diferentes sabores, colores y ambientes relacionados con los así llamados “ministros”...

¿Y qué de nuestra situación hoy en día? Debemos considerar nuestra situación presente con mucha sobriedad y conforme a esta luz que hemos visto en las Escrituras. Digo nuevamente que yo tendría mayor libertad de decir estas cosas si el hermano Nee estuviera laborando entre nosotros. Si éste fuera el caso, el blanco hacia el cual se dirigen los ataques hoy en día sería él y no yo. Pero debido a que en la actualidad yo soy el blanco, me es muy difícil hablar acerca de ciertos asuntos sin que se considere una vindicación para mí mismo. (págs. 34-35)

Éste fue el “pronóstico del tiempo” que dio el hermano Lee hace muchos años; hoy, podemos ver que esto se realizó. El hermano Lee también dice:

Por lo menos yo puedo testificar por mí y por mi hermano mayor, el hermano Watchman Nee. Siempre nos conducíamos y obrábamos en el recobro como un solo Cuerpo. Por esto el recobro del Señor ha podido existir en la tierra en los últimos setenta años. No tenemos establecida una organización, pero el recobro todavía está aquí. El recobro todavía existe y ha sido preservado según el principio del Cuerpo. Mientras yo ministraba la palabra, muchas veces pensaba en el hermano Nee. Tenía en mente lo que él decía; no quería hablar nada que contradijera su ministerio. Si hubiera hablado de manera contradictoria, ¿dónde estaría el recobro hoy? Tenemos que conocer el Cuerpo. (pág. 50)

Si en el recobro no nos comportamos, accionamos ni tomamos iniciativas como un solo Cuerpo, en efecto estamos edificando con madera, heno y hojarasca; lo cual estropea el edificio de Dios. Le agradezco al Señor por servir junto a hermanos que son intrínsecamente uno con el hermano Lee. Sería una vergüenza si los santos en una localidad dijeran: “Yo soy del hermano tal y tal”. En *La situación mundial y la dirección del mover del Señor* el hermano Lee dijo: “Aun si yo muero, mis palabras en el Señor todavía seguirán hablando” (pág. 42). La obra de recobro todavía continúa realizándose entre nosotros debido a que las

palabras del hermano Lee continúan resonando entre nosotros. Esto es conforme al principio del Cuerpo.

Otra vez en *Permanecer en el único ministerio neotestamentario de la economía de Dios sujetos al debido liderazgo en el mover de Dios*, el hermano Lee dice: “El hecho de que alguien se les acercara para preguntar si ustedes son uno conmigo, ya es un indicio de que ustedes no son el cien por cien uno conmigo” (pág. 33). Recientemente visité una localidad con otro colaborador cuando alguien me preguntó acerca de mi sentir concerniente a cierto asunto. Otro hermano interrumpió y le dijo al hermano: “No necesitas hacerle esa pregunta, él va a decir lo que diga el otro colaborador”. Eso fue un gran halago para mí. Pablo dijo: “Por esto mismo os he enviado a Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en el Señor, el cual os recordará mi proceder en Cristo, de la manera que enseñé en todas partes, en todas las iglesias” (1 Co. 4:17). Tenemos que ver que, al igual que Pablo, el hermano Lee fue un sabio arquitecto. Todos tenemos una parte en la obra de edificación, pero el sabio arquitecto ha visto cabalmente el diseño del edificio de Dios.

**LA NUEVA JERUSALÉN COMO LA MÁXIMA Y MÁS GRANDE
DE TODAS LAS SEÑALES EN LAS ESCRITURAS, ES UNA ENTIDAD
ORGÁNICA CONSTITUIDA POR EL DIOS TRIUNO PROCESADO
QUE SE HA MEZCLADO CON LOS ELEGIDOS TRIPARTITOS
A QUIENES EL REGENERÓ, TRANSFORMÓ Y GLORIFICÓ**

**Su base es oro puro, el cual representa
la naturaleza divina de Dios;
tal base es el firme fundamento del trono
mediante el cual se efectúa la administración divina,
y dicho trono constituye el glorioso centro
desde donde procede la comunicación divina y humana,
representada por su calle, que llega a todas sus doce puertas**

La Nueva Jerusalén como la máxima y más grande de todas las señales en las Escrituras, es una entidad orgánica constituida por el Dios Triuno procesado que se ha mezclado con los elegidos tripartitos a quienes Él regeneró, transformó y glorificó (Ap. 21:2, 9-10). Su base es oro puro, el cual representa la naturaleza divina de Dios; tal base es el firme fundamento del trono mediante el cual se efectúa la administración divina, y dicho trono constituye el glorioso centro desde donde procede la comunicación divina y humana, representada por su calle, que llega a todas sus doce puertas (vs. 18b, 21b; 22:1-2). La comunicación divina y

humana es el fluir de la vida divina, la comunión de la vida divina. Este cuadro muestra que la vida divina fluye en la naturaleza divina para colocarnos en una posición de sujeción a la administración divina de Dios.

Sus puertas son perlas, las cuales representan el fruto de la secreción producida por la muerte de Cristo, una muerte que nos redimió y que liberó la vida, y por la resurrección de Cristo, la cual nos imparte dicha vida

Sus puertas son perlas, las cuales representan el fruto de la secreción producida por la muerte de Cristo, una muerte que nos redimió y que liberó la vida, y por la resurrección de Cristo, la cual nos imparte dicha vida (21:12b-13, 21a).

Su muro y sus cimientos son piedras preciosas, las cuales han alcanzado su consumación mediante la obra de transformación y edificación que realiza el Espíritu

Su muro y sus cimientos son piedras preciosas, las cuales han alcanzado su consumación mediante la obra de transformación y edificación que realiza el Espíritu (vs. 18a, 19-20). Éste es el edificio del magnífico Dios-hombre corporativo y consumado, la Nueva Jerusalén, la cual está siendo edificada hoy.—E. M.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EDIFICIO DE DIOS

La obra que corresponde al edificio divino (Mensaje 9)

Lectura bíblica: Ef. 2:21-22; 3:17a; 1 Co. 3:6-17

- I. La obra que corresponde al edificio divino se lleva a cabo mediante la renovación y la transformación—Ro. 12:2; 2 Co. 3:18; 4:16; Ef. 4:23; Tit. 3:5:
 - A. Tenemos que ser renovados y transformados, y luego podemos llevar a cabo la obra de edificación—Ro. 12:2; Ef. 4:12, 23, 16:
 1. Ser renovados significa que el elemento de Dios es añadido a nuestro ser, de modo que nuestro viejo elemento es reemplazado y desechado—2 Co. 4:16; Tit. 3:5.
 2. El Espíritu que renueva se ha mezclado con nuestro espíritu regenerado como un solo espíritu mezclado a fin de extenderse a nuestra mente y renovar todo nuestro ser—Ef. 4:23.
 3. Al ser renovados, somos trasladados de la esfera de la vieja creación a la esfera de la nueva creación para ser el nuevo hombre que habrá de cumplir el propósito eterno de Dios—2 Co. 5:17; Ef. 4:24; Col. 3:10.
 4. La transformación es la función metabólica que desempeña la vida de Dios en nosotros; la transformación se efectúa a medida que el elemento de la vida divina es añadido a nuestro ser a fin de que expresemos manifiestamente la imagen de Cristo—2 Co. 3:18.
 5. La transformación tiene como fin efectuar la reproducción en forma masiva del Hijo primogénito de Dios, quien es el prototipo de un Dios-hombre, para que seamos moldeados conforme a la imagen divina y lleguemos a ser exactamente iguales al Hijo primogénito de Dios—Ro. 8:29; He. 2:10.
 - B. La renovación redundante en la transformación, y la transformación redundante en la edificación; la edificación del muro de